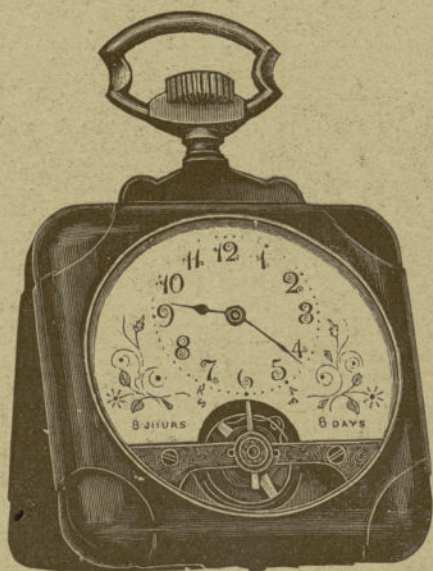


FABRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

Madrid, calle de Fuencarral, 27.



La casa COPPEL garantiza la buena marcha de todos sus relojes acompañando á cada uno su CERTIFICADO DE GARANTIA

A PLAZOS

Al personal de la guardia civil y carabineros se les pasa cargo en cuatro plazos.

TALLER DE COMPOSTURAS

REMESAS A PROVINCIAS

Pídanse detalles y prospectos á la casa

COPPEL

Remontoir, 19 líneas, áncora, ocho días de cuerda, caja forma cuadrada.

Núm. 461, acero oxidado, 50 ptas.

Núm. 461-a, metal plateado, 50 ptas.

ANTRACITA

PRECIADOS, NÚM. 24. MADRID

Establecimiento de carbones minerales de todas clases; el más surtido y económico.

PEDID NOTA DE PRECIOS

Se facilitan postales para hacer los pedidos.

ENVIOS A PROVINCIAS

PRECIADOS, núm. 24 (Frente á Capellanes)

ENFERMEDADES DEL PECHO JARABE DE HIPOFOSFITO DE CAL DE GRIMAULT Y Cia

Universalmente recetado por los médicos, es de gran eficacia en las enfermedades de los bronquios y del pulmón; cura los resfriados, bronquitis y catarros más tenaces, cicatriza los tubérculos del pulmón de los tísicos, suprime los sudores nocturnos, los ataques incesantes de tos que desesperan á los enfermos y les devuelve rápidamente la salud.

PARÍS, 8, Rue Vivienne y en todas las farmacias.

Desconfiad de las imitaciones y falsificaciones.

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.^o

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.^o (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

Se publica los domingos.

Redacción y Administra-
ción: San Anarés, 19.

== Apartado de Co-
rreos, número 48. ==

GERENTE:

R. LÓPEZ MORA



DIRECTOR:

GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Todo fiel cronista que estime en algo la tradición está obligado, al llegar estos tales días de Diciembre, á escribir un artículo sobre la Nochebuena, ora recordando el tierno idilio de Belén, á la manera bucólica y teatral de los nacimientos que para uso de menores y mayores se venden en la Plaza de Santa

quieren enterar á los espectadores de que se les ha ocurrido una gran idea.

—Nos viene esto de perilla—dijo—. Vea usted el modo de intercalar entre dos de esos párrafos el bando de la Alcaldía.

Y me entregó una hoja de doble folio, donde la previsora autoridad consignaba las medidas higiénicas á que debían someterse las manadas de pavos que recorrieran las calles, y la cuota que habían de satisfacer al Ayuntamiento los que quisieran establecer puestos de frutas, de confituras ó de muñecos de barro.

¡El bando de la Alcaldía, intercalado en una nota de color! Vosotros, los que amáis las letras, los que hacéis del Arte una religión, ¿comprendéis herejía semejante?

Y como yo pusiera algún reparo, herido y aun muerto en mis más caras ilusiones, más que en mi amor propio, el director me dijo:

—Hay que ser prácticos, hay que unir lo útil á lo bello. Ya creo que lo dijo Horacio... Repare usted, joven, que hay necesidad de publicar ese bando en el periódico, porque es de interés general; pero acontece que aun así nadie lo lee. Si usted logra hacerlo leer metiéndolo casi de matute entre sus metáforas, habrá logrado un grandísimo éxito periodístico ..

—Pero, quitaré la firma del artículo—le interrumpí.

—¡No, por Dios!—exclamó—. En eso precisamente está la pílora. El lector cree que va á tragarse un artículo literario, y en medio de él se encuentra con el bando, con cuyo conocimiento acaso se libre de que le metan un pavo con viruelas. El periodismo es eso: es el arte de hacer píldoras...

Todos mis ensueños, todos mis afanes, acabaron aquel día. La lección del maestro marcó un rumbo definitivo en mi vida. No más Literatura, no más Arte. Para acabar haciendo píldoras, no vale la pena de pasar una juventud aperreada. Y cuando llega Diciembre hago todo lo posible por olvidar mi oficio de cronista. Hasta que Nochebuena pasa no estoy tranquilo, temiendo que venga un editor ó un director á decirme:

—Hágame usted una nota de color y meta usted en medio el bando de la Alcaldía.

Dionisio PEREZ

Cruz, ora recordando las alegres cuchipandas de los que tienen con qué pagarlas, y las hambres miserables, mal distraídas y engañadas, de los pobres que vinieron á este mundo sin garras para adquirir y sin pico corvo para devorar.

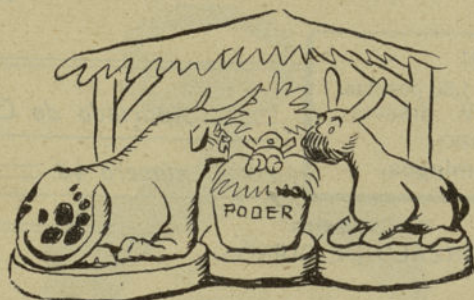
Pero, con ser varió y múltiple el tema que ofrecen á toda pluma medianamente decorosa las fiestas de los pueblos cristianos al acabar el año, yo no me siento con valor para poner mis pobres letras en esos trotes navitiescos. Una vez lo hice, y juré por todos mis santos y por toda mi parentela no volver á pecar.

Hace años comenzaba yo en un periódico diario de Madrid mi lucha por el pan y por la firma, potros y tormentos de todo español que se deja tentar por la vanidad de ser escritor y literato. Nuestro director era un periodista famoso y gozaba posición social y posición política, y había grandes literatos que le rendían la pleitesía de su amistad. Yo, desde el humilde hueco de mi nómina—sesenta pesetas mensuales—le admiraba profundamente.

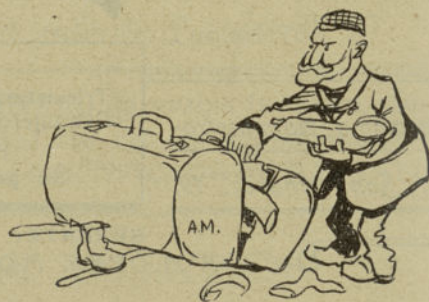
Llegó Diciembre, y enjareté un lindo articulo con todos los primores y cursilerías de rigor en aquella época, una nota de color, según el tecnicismo de moda entonces: los niños, los pavos, los pobres que ayunan, los ricos que se atiborran, los pastorcitos de Belén y los angelitos del cielo, y el propio Dios y su madre salían allí suspirando, cantando, riendo, todos buenos, todos misericordiosos y felices, y, como es lógico, más contentos que unas Pascuas.

Mi director leyó el artículo, elogiolo y, cuando iba á entregarlo al regente, dióse una palmada en la frente, como hacen los cómicos malos cuando

VILANCICOS POLITICOS



Pasen ustedes, señores,
y verán en mi Belén,
à una cierva haciendo el burro
y à un San Pedro haciendo el buey.



La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...
Todos vamos y venimos,
y Maura vino, ¡y se irá!



Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir,
que me han pedido una carta
y la tengo que escribir.



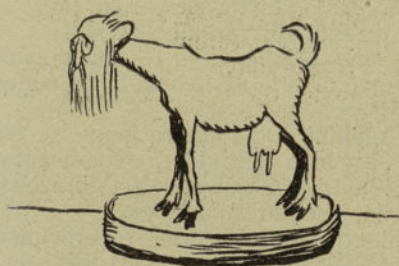
Tengo de echar una copla
por encima de una plancha,
para que Dios dé à los míos
la vista que à mí me falta.



Han cerrado las tabernas
y en casa me hacen entrar.
Dame la bota, La Cierva,
que me voy à emborrachar.



Hermosa noche, ¡ay de mí!...
¡Cuántas como esta, tan puras,
en intrigas y conjuras
desorientado perdil...



La Nochebuena es alegre,
y alegre es la Navidad;
y yo soy el ser más triste
de toda la humanidad.



En el portal de Belén
hay un niño chiquitín.
No se llama Nicolás;
se llama Valerianín.



*Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad.*
Señores, felices Pascuas,
¡y viva la Libertad!...

Carlos MIRANDA

Caricaturas de TOVAR.



¡POR ESO!...

*Sé, Leonor, que te visita
un señor bastante grueso
y, como es natural, eso
me desespera y me irrita.*

*Si fuera hombre serio... pase
eso de entrar en tu casa;
pero sé que se propasa
con bromas de cierta clase,
que no puedo tolerar,
porque de celos me abraso
y porque, en fin, hago el paso
y no lo puedo pasar.*

*Sé que de la suerte en pos
jugáis á la lotería,
y hasta sé que el otro día
os ha tocado á los dos*

*y que, en muchas ocasiones
que juntos habéis jugado,
también habéis alcanzado
varias aproximaciones.*

*Eso, con mucha razón,
desespera al que bien ama,
porque..., en fin, vamos... ¡escama
lo de la aproximación!*

*El premio mayor en suerte
os tocó, y el otro día
me dijo una amiga mía,
cuando salía de verte,*

*que ha visto que el tal señor
suele á veces abrazarte...
¡y no debo tolerarte
que así te portes, Leonor!*

*No merezco ese castigo,
y aunque el dinero te sobre
y seas rica y yo pobre,
no quiero nada contigo.*

*¿Que una fortuna has logrado?
Pues no cedo, claramente,
por eso, precisamente:
¡porque el gordo te ha tocado!*

José RODAO.

MORIR SOÑANDO

Si vivir y soñar todo es lo mismo,
quiero vivir soñando con amores,
en un bosque morir entre verdores,
y al mundo despreciar como al abismo.

Permanecer absorta en mi mutismo,
oyendo el canto de los ruiseñores,
aspirar con deleite bellas flores,
y amar lo que es mi amor con fanatismo.

Quiero morir soñando todo eso,
y que sin despertar á un nuevo día,
la luna dé á mi faz su último beso,
beso lleno de amor y de poesía,
y la brisa, al jugar con embeleso,
de mi muerte acaricie la agonía.

María CANETE PERAL

A PUERTA CERRADA

A fines de otoño, Don Aquilino, un señor de barba rubia que ha pasado en las salas de tresillo de La Peña los días mejores de su desocupada existencia, le arregló «un nido» á Elisa M., aquella *ondulante* cuyos enormes sombreros rojos, con penachos blancos, triunfaban el invierno anterior en los palcos del *Kursaal*.

Elisa bailó y cantó *couplets* franceses en Romea hace tres años, luego marchóse á París y allí, en la alegría saturnalesca de una cena servida en *cabinet particulier*, la conoció Don Aquilino. De la Ciudad-Sol regresaron juntos: él estaba prendado de ella, ella también parecía enamorada de él.

Ya en Madrid Don Aquilino, que es hombre temeroso del resbaladizo «qué dirán», ordenó su vida, para lo cual instaló á Elisa M. en un piso segundo de la calle del Prado, á donde iba todas las tardes, á la hora del te.

Elisa no siempre estaba sola; muchas veces la acompañaban sus amigas de otros tiempos y «graciosos», prestidigitadores y excéntricos musicales de *cine* y de café concierto, ante los cuales la antigua *desnudable* de los enormes sombreros hermejós recordaba al piano las canciones de su repertorio. Con ella todos sus amigos reían. A cada momento, una de las circunstantes exclamaba:

—¿Os acordáis?

Y bajo la poderosa influencia evocadora de la música, por todas aquellas cabecitas locas, frentes de pecado nimbadas por cabellos rubios ó negros, pasaban, en procesión hilarante y gaitera, el recuerdo de los buenos días, de las noches báquicas, de los camaradas idos ó muertos, que á través de los años vemos siempre riendo ante una copa de *champagne*.

Estas reuniones familiares donde sólo imperaba una buena amistad, no disgustaban á Don Aquilino; al contrario, pues había en ellas un ambiente confuso de pecado y de arte que halagaba su voluptuosidad y respondía á esa afición que los aristócratas, en general, sienten hacia la gente de teatro.

Pero el diablo (espíritu agradable á quien debemos nuestras horas mejores, digan cuanto quieran los teólogos) permitió que Don Aquilino averiguase que no todo en aquellas reuniones era amistad limpia y casta. Elisa se había enamorado de un actor. ¿Quién? La crónica, que no puede violar ciertos secretos, sólo dirá que es un actor cónico, que ha desempeñado en los «repartos» de Jacinto Benavente importantes papeles.

Sin embargo, las sospechas de Don Aquilino no acababan de confirmarse; en cuanto le decían había algo impreciso; la certidumbre cruel no llegaba á adquirir formas concretas. El mismo, además, (¡oh, admirable ceguedad de los enamorados!) no quería creer.

Hace pocas noches Don Aquilino penetró en casa de su amada sin llamar, valiéndose de su llavín. Era muy tarde y las criadas dormían. El celoso atravesó de puntillas el salón y se detuvo ante la puerta cerrada del gabinete de Elisa. Dentro de la habitación había luz. En el silencio vibró, llena de emoción, la voz de la joven, que decía:

—Eres mi perdición, te quiero... pero no puedo seguirte. Más prudente será separarnos.

A lo que una voz varonil contestó:

—Yo seré tu esclavo, no te abandonaré nunca... ¡Oh! ¿Cómo dejarte, si eres la única mujer que ha sabido llegar á mi corazón?

Don Aquilino sintió que su frente se bañaba en frío sudor, y más que cólera experimentó tristeza, una terrible tristeza que aflojó sus brazos y puso en sus piernas temblores mortales.

El diálogo continuó ardiente precipitado, lleno de llamaradas de pasión. Y el diapasón amoroso subía, subía...

—Te quiero.

—Te adoro... ¡sígueme!

Y ella:

—¿No te dí mi alma? ¿No estás contento aún?

Y él:

—¡Soy insaciable!

Don Aquilino se creyó obligado á llamar. La voz de Elisa, voz de contralto, impávida y caliente, respondió:

—¿Quién es?

—Yo, abre.

La joven abrió, y en sus facciones hubo más que miedo, cólera y despecho.

—Hola, eres tú... ¿Y á estas horas?...

Después, con un desparpajo que Mme. Bartel hubiese envidiado, agregó:

—Pues, nos sorprendes á X y á mí ensayando una obra donde voy á tomar parte. No quería que nadie lo supiese; pero, en fin, tú eres discreto. Se trata de un beneficio...

Los dos hombres se estrecharon las manos cordialmente, y no pasó más. Don Aquilino continúa creyendo en la virtud de Elisa...

Ceguedad deliciosa que explica cómo puede haber tantos maridos engañados.

Eduardo ZAMACOIS.

¡TE VEO!...

Yo sé que tienes, bella Rosario,
un elegante devocionario
que no te sirve para rezar;
pues en la iglesia, puesta de hinojos,
cierras el libro, y así, tus ojos
tienen más mundo donde mirar.

.....
De mi no temas una imprudencia.
Vive tranquila con tu conciencia,
pues sé de muchas que, como tú,
van á la iglesia, y arrodilladas,
únicamente lanzan miradas
á los que estamos haciendo el «bú».

Sigue mirando, linda devota;
sigue mirando, pues nadie nota
lo que hace tiempo yo observo en ti.
Sigue mirando; pero, te ruego
que con tus ojos llenos de fuego,
mires á un ángel que hay tras de mí.

Giriaco CODINA DELAMAR



Varios personajes, personajes y personajillos, han expuesto su opinión sobre lo que más les gusta de los Nacimientos.

Quiero que mis lectores no se vean privados de saber los interesantes pareceres de los personajillos, personajes y personajes, y voy á reproducir exactamente lo que oí.

*
*
*

—Yo soy partidario de la Mula. —La Cierva.

—Yo, del buey.—Quejana.

—A mí me encanta el pesebre.—Rodríguez Sampedro.

—A mí, las pajas.—Lombardero.

—Yo adoro á los pastores. Porque los pastores tienen leche pura, de la leche se hace queso, el queso viene de las cabras... —Vadillo.

—Yo me pirro por la... ¡zambomba!—Vega Armijo.

—Yo me quedo con la pandereta: quizá pueda zumbársela á Maura. Romanones.

—Todavía siento afición á las gaitas.—Doña Emilia.

—¿Saben ustedes si los Magos llevan bota? —Osma.

—Venga, venga, la estrella del rabo. —Un teniente antiguo.

—A mí que me den un Belén completo.—Soriano.

*
*
*

El Gobierno francés no quiere que á sus súbditos se les ponga la cabeza china, y al efecto ha prohibido á rajatabla la costumbre de tomar opio, que iba ya echando coleta en todas las clases sociales.

Como madame Du Gast se verá obligada á emigrar de París, porque da el opio, según dicen, yo le ruego que se encarrile hacia la Redacción de FLORES CORDIALES, y á falta de aquel estimulante del sueño administraremos juntos las *Adormideras*.

Y no despertamos hasta el sábado de Resurrección, al medio día.

*
*
*

El marqués de Premio Real se marcha de empresario á provincias.

Lleva á Torrent, Sánchez, Romeu y Valentín, tin, tin.

A los cuatro los conozco.
Les deseo feliz viaje,
triumfos en las respectivas
vidas artísticas, *cabe*
de Talía el santo templo,
y que Dios se las alargue.

*
*
*

El amigo Riu se ha desgañitado desde los escaños del Congreso pidiendo á Maura que recoja la moneda falsa.

Cierto revistero dice de Fuentes, el espada:
«Duro bregando, que es sevillano el corazón.»
Duro y sevillano...

Escóndete, Fuentes. Riu te ha perdido.
Te funden la taleguilla.

*
*
*

A causa de los disturbios de Persia, el Sha arrestó al presidente del Consejo y al ministro del Interior.

Los despachos manifiestan que la Cámara pidió al Sha explicaciones de su conducta, pasando la noche en el Parlamento atracándose de *té caliente*.

La mujer del Sha envió secretamente emisarios de la guardia rogando á los representantes del país que depusieran su actitud.

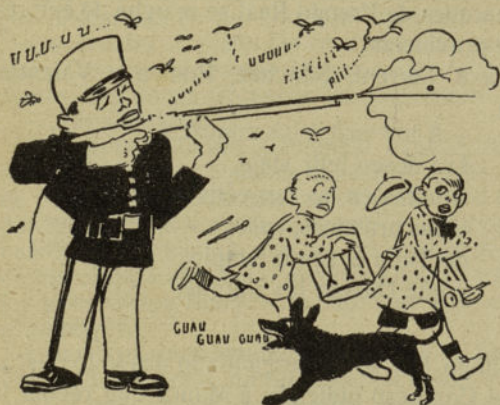
—Sabed, señora—diz que contestóle lleno de furia el vicepresidente—,
no nos da la real gana. Coge el *tole*
y anda *pa cá* si quieres *té caliente*.

Gonzalo de QUIRÓS.

LAS ORDENANZAS GRAFICAS, por Karikato.

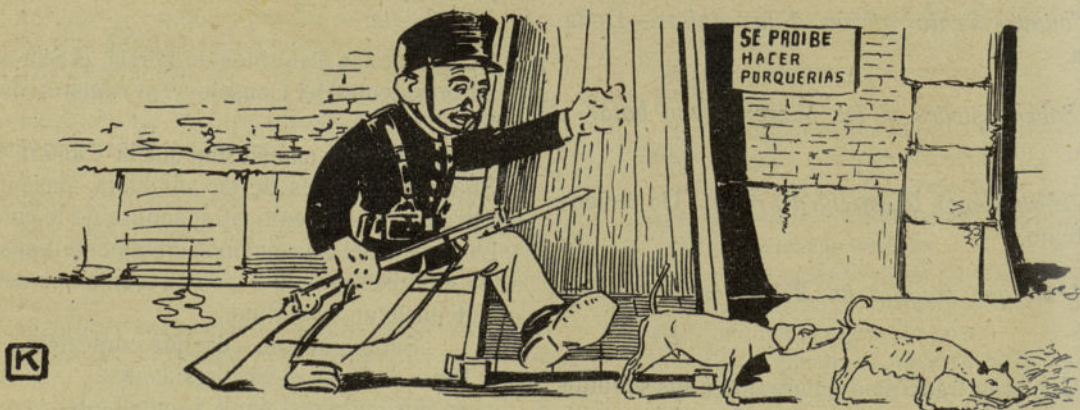


Artículo 9º—A las justicias por su respeto y á las demás personas visibles, saludará sobre su marcha, sin inclinar la cabeza, ni pararse, llevando la mano derecha á la visera del ros.



Art. 37.—No permitirá que á la inmediación de su puesto haya ruido,

se arme pendencia



ni se haga porquería alguna.

¡QUIEN QUIERE LA SUERTEEE!...

Ciento cuarenta y cuatro años, cerca de siglo y medio hace este mes de Diciembre, que el majestuoso bombo de las bolas dió vueltas por primera vez, para que la vieja Fortuna hiciese ricos á los jugadores con suerte.

Diciembre de 1763 es una efeméride nacional, una fecha histórica, origen y fundamento de uno de los rasgos más típicos de la fisonomía española. Esquilache, el enemigo de las capas largas y de los sombreros gachos, fué un hombre que conocía bien á sus paisanos, y les dió ese consuelo inextinguible, esa esperanza eterna, ese surtidor inagotable de ilusiones: la lotería nacional.

La idea no era nueva; la vida fué y ha sido siempre una lotería perpetua en que unos sacan premios gordos, otros lo sacan chicos, y los demás se pasan la existencia sacando cuentas y lo que el negro del sermón. Esquilache cogió á la Fortuna, que como hembra y muy nerviosa, no paraba en ninguna parte, la metió en el bombo y dijo: —«El que quiera suerte que compre su derecho á tenerla», y de ahí el billete, el décimo y la participación amistosa, precio de la probabilidad para ser rico.

Los diez y ocho millones de españoles sienten

por esta época un recrudescencia del mal de la lotería, y esa enfermedad se transmite á algunos extranjeros y no pocos americanos; todos cuentan con pagar sus deudas, y el automóvil figura entre las cosas indispensablemente unidas al cobro del premio gordo. Los fajos de billetes aparecen en visión fantástica antes de conciliar el sueño; el mozo imberbe los convierte en huríes del paraíso más perdido; la virgen púber en encajes, joyas y sedas; el amor y el gordo bailan una *matchicha* infernal, y el jugador se queda dormido estas noches como si le arrullara el tintineo de una cascada de monedas de oro.

La lotería es una institución altamente moral, que predispone el ánimo al bien.

«Como me toque algún premio decente—dice el deudor de profesión—lo primero que hago es pagar al sastre.» ¿Quién negará que este generoso y noble pensamiento se debe á la lotería? Hay muchas personas dignísimas que no hacen propósito formal de saldar sus débitos hasta que llega Diciembre y tienen en el bolsillo las múltiples participaciones del sorteo.

—Armando dice al novio de su niña una mamá candidato á suegra—, es preciso que vaya usted pensando algo serio, porque tanto tiempo de relaciones perjudica á mi hija.

—Señora, que me toque el gordo, y verá usted qué pronto nos casamos.

Proyectos de matrimonio, planes de industrias, combinaciones mercantiles, todos los campos de la actividad cerebral son espigados en vísperas del sorteo; presupuestos fantásticos surgen en todos los entendimientos, y mientras soñamos con la riqueza milagrosa, el señor gordo, el excelentísimo señor gordo, está al alcance de nuestra mano, quizá lo dejemos en la estantería del lotero, tal vez lo desdeñamos al pasar cuando con voz de sonsonete nos avisa la pobre vendedora gritando: «¡Quién quiere la suerteee!...»

¡Imagen de la vida! ¡Cuántas veces habremos pasado junto á la felicidad sin aceptar su invitación!

Glorifiquemos á Esquilache, el inventor de la lotería, de la gran consuelación de los españoles, porque al que no le toca lo consuela con el pensamiento de que le tocará el año que viene, y ese es el toque más filosófico de la institución.

Así es la humanidad; siempre igual: en Diciembre en busca del gordo; todo el resto del año en pos del magro.

Luis BERMUDEZ DE CASTRO.



¿A que no se asoma mi dama, hoy que vengo bien armado y con la lanza derecha?

EL 10.106

Este es el número de la Lotería de Navidad que FLORES CORDIALES regala á sus suscriptores.

Cuantos se hallan al corriente del pago tienen derecho á la participación correspondiente.

HACIA LA NOCHE... BUENA



Ella.—¡Las cosas que yo haría si me tocara el gordo!

EL BEY DE TÚNEZ Y LA FORNARINA

MATRIMONIO EN PUERTA



Ei Bey de Túnez.

Ahí en Madrid, como en Portugal y en Berlín y otros puntos donde la alegre *Fornarina* sentó su realeza de maja española, sorprenderá, al igual que aquí en París, la conversión de la bella *divette* al harén africano.

La *Fornarina* se casa con el *Bey* de Túnez.

El es un gallardo mozo de treinta y dos años, de hermoso tipo agareno, enjuto de rostro, pero de recia musculatura, que atiende admirablemente á sus veinticuatro mujeres y todavía, al parecer, le falta material. Vino á París y recorrió los *music-halls*; entre el desfile de estrellas más ó menos brillantes que lucían gasas y bustos y piernas, llamóle la atención la rubia que ha inmortalizado á Don Procopio.

Envió emisarios, logró hablarla y se entendieron el *Bey* y la *Fornarina*.

Y es cosa hecha.

Consuelo se va á la tierra que foguea el sol, *descadenándose* de amores libremente pasionales para ser esclava de Hulo-Abbis, cuyo cuello acariciaban diariamente cuarenta y ocho brazos femeninos de sangre nubia caldeada.

El matrimonio será legal según los usos y costumbres del *tuno* ó del *tunecino*, invistiendo el *Bey*



La Fornarina.

á la nueva esposa, de los atributos de *Beya*, es decir, que será respecto de las otras algo parecido á la sultana de Marruecos.

Hulo-Abbis halla, indudablemente, la felicidad. Cuando vea á su principal vigésimaquinta costilla, llena de plumas la cabeza, bailar cuatro danzas de *machicha* se le caerá la baba.

Vosotros, *gatitos*, sentiréis que se os vaya la *gaita*, precisamente al llegar el mes de Enero, á escuchar los maullidos del mizifuf Hulo que ha sabido encandilarla.

Resignáos ante la esperanza de que un pequeño *Fornarinito* herede el *beyatado* de Túnez.

Luis.

Paris 16 Diciembre 907.

EL CANDIL DEL MESONERO

I

Era la tarde clara y serena,
el sol lanzaba radiante luz
y como día de Nochebuena
de mil juguetes estaba llena
la antigua plaza de Santa Cruz.

Allí, lo mismo que en otros años
el *Nacimiento* tradicional
tiene, cual siempre, varios tamaños
con sus casitas y sus rebaños
y sus cabañas y su portal.

Unos sencillos, otros mejores,
en todos ellos siempre se ven
verdes praderas con nieve y flores
y en los caminos muchos pastores
que con su ofrenda van á Belén.

No falta el grupo de gente ufana
con los panderos y el tamboril,
ni los borregos de blanca lana
ni el mesoncito con su ventana
ni el mesonero con su candil.

Parado enfrente de un *Nacimiento*
que era entre todos de lo mejor,
decía un niño con dulce acento:
— Mamá, si quieres verme contento,
el *Belén* compra, que es un primor.

— ¡Un Belén pides! ¿Para eso vienes?
— dijo su madre —. ¡Bien loco estás!
¡Qué caprichitos los que tú tienes!
En este mundo sobran belenes
¡y todavía tú quieres más!

Pero el pequeño lloraba tanto,
que aunque la madre decía bien,
no era la madre de cal y canto,
y al fin el niño secó su llanto
y fué á su casa con su Belén.

Pronto llegaron algunos chicos
con envidiosa curiosidad,
y allí mezclados pobres y ricos
cantando alegres los villancicos
alborotaron la vecindad.

II

Cayó la nieve de muchos años,
el niño en viejo se convirtió,
sufrió del mundo los desengaños
y sus torpezas y sus amaños
y sólo dudas en torno vió.

Y aunque al influjo de tanta pena
de fe sincera faltó la luz,
siempre en el día de Nochebuena,
de otros recuerdos el alma llena
iba á la plaza de Santa Cruz

Allí gozaba breves momentos
y allí lloraba más de una vez,
viendo otros niños como él contentos,
que contemplaban los *Nacimientos*
con la alegría de la niñez.

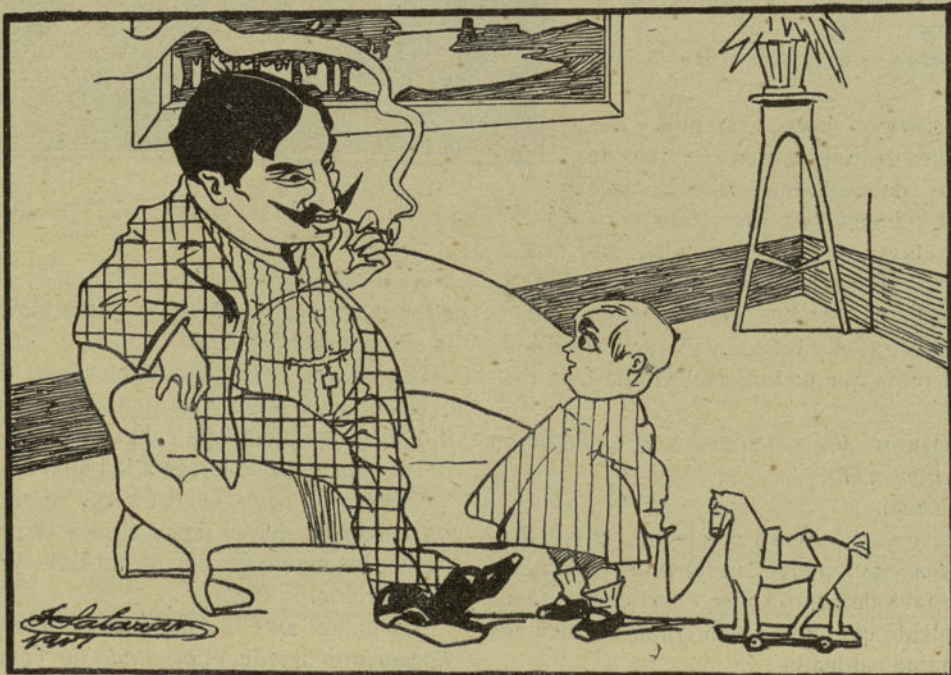
Un día de esos, que allí se hallaba,
acariciando dulce ilusión,
le dije al verle cómo gozaba:
— ¡Siempre eres niño! — Pero él callaba
y no me daba contestación.

Y el *Nacimiento* mirando fijo
con gran ternura, con grato afán,
— Yo sufro mucho — por fin me dijo
¡Ay, si mi madre viese á su hijo!
¡Cómo los tiempos cambiando van!

Y hoy cuando veo que el mundo intenta
la fe robarme, traidor y vil,
siempre mi madre se me presenta,
y aquel peñasco y aquella venta
y el mesonero con su candil.

Juan REDONDO Y MENDUINA.

INFANTIL



- Dí, papá ¿tendré una hermanita ó un hermanito?
— No lo sé, hijo mío.
— ¡Anda! ¿Con que has escrito á París y no sabes lo que has pedido?

LOS INÉDITOS

En esta plana insertaremos semanalmente los trabajos de los jóvenes que empiezan á abrirse campo

AVENTURA

Fué en la villa de X*** donde perdí el chaleco más bonito que he poseído; un hermoso chaleco de franela blanca, listado de azul, que me costó doce duros.

Me hospedaba en el Hotel de Europa. En todas las poblaciones de alguna importancia hay Hotel de Europa; es, pues, inútil tratar de descubrir el nombre de la incógnita villa de mi aventura.

Llegué al hotel á tiempo de cenar. En un extremo de la larga mesa, adornada con flores de trapo y grupos alternados de botellas de vino y aguas minerales, comían silenciosamente tres viajeros. Me senté en la cabecera opuesta y empecé á revolver con aire cansado los macarrones de una insípida sopa. Mirando al techo, pintado de un rosa ennegrecido, en el que volaban ángeles y golondrinas, pensaba en los días ridículamente aburridos que iba á pasar en aquel bendito pueblo. Todo lo que yo tenía que hacer en X*** era aforar todos los días, durante un mes, el agua de un río en el que se construiría una presa, de cuyo proyecto era autor. ¡Prosa de la vida!

Hubiera terminado la sucia sopa de macarrones, de no haberse abierto la puerta vidriera de acceso al comedor y entrado por ella una mujer que me hizo olvidar la sopa y el resto del *menu*.

Era alta, esbelta, de líneas firmes y armoniosas, blanca, con la blancura del lino muy lavado, coronada por una masa ardiente de rizados cabellos castaños. Vestía con sobria elegancia un vestido de sarga azul que, ceñido, dibujaba sus formas de diosa. Sus ojos, de un claro azul, eran grandes y tranquilos. Entró derramando un fresco olor á orquidea y agua de Lubin. El esplendor de su belleza despejó el ambiente de pesada tristeza que llenaba el vasto comedor silencioso.

La diosa se sentó frente á mí. A su lado, haciendo crujir la silla con su pesada mole, se acomodó un Hércules tranquilo, calvo, de espesas barbas grises. El marido de ella, sin duda. ¡Qué abominación!

Yo contemplaba devoradoramente los encantos de la mujer del barbaza. Mis ojos se extasiaban mirando las lindas manos finas y blancas, de uñas sonrosadas, y mi naciente amor renegaba de aquel gran tenedor de metal blanco sostenido por sus dedos, delicados como los pétalos de una azucena. Ella sentía mi mirada adoradora, y en la blancura de leche de su rostro divino se desahacía un tenue carmín.

Al servir el asado tendió tímidamente su mano en busca del tarro de la mostaza; se lo ofrecí; nuestros ojos se encontraron, y yo empecé á aborrocera al señor de las patriarcales barbas grises, que masticaba lenta y acompasadamente, con la mirada fija en el plato.

Al entrar en mi cuarto vi abrir una puerta al lado de la mía. En el umbral apareció la pesada figura del barbaza. Mi corazón palpitó en el delirio de una loca esperanza. ¡Un frágil tabique me separaba de la encantadora!

No me había engañado en mis suposiciones. Me informó un mozo del hotel. Eran marido y mujer; pasaban todos los años una temporada en X***; él era un señor muy distraído que dejaba sus cosas olvidadas en todas partes, y se equivocaba de sombrero al salir del comedor; tenía fábricas de conservas.

Por las tardes, en el café, me fastidiaba el barbaza

con sus peroradas. Había leído á Kropotkine, idolatraba á Kropotkine; las barbas se unificaban con él. ¡Ah! —exclamaba— el anarquismo tiene muy pocos adictos entre la gente que piensa, y es que no se lee á Kropotkine. Muchos creen que para ser anarquista hay que llevar bombas en los bolsillos: ¡nada de eso! Y, sin embargo, las bombas son necesarias; ya lo dice él en uno de sus libros: «Demoliendo, edificaremos.» Yo entonces replicaba que aquello no lo había dicho Kropotkine, sino Proudhon, y quizá no refiriéndose á las bombas precisamente. «Es igual, joven; es igual —decía riendo bonachonamente—; el anarquismo llegará; ya lo verá usted.»

Entretanto, no me olvidaba de la diosa. Quemaba incienso á sus pies, y mi culto no era mal recibido. El iba por las noches al casino y volvía muy tarde; ella tocaba los nocturnos de Chopin en el desafinado piano del salón de lectura, y reía locamente cuando yo susurraba á su oído una frase demasiado atrevida.

Al fin, una noche pudo matarme la felicidad. Tocaba la encantadora una melodía de Gounod, conmovedora dulcemente expresiva; yo, detrás, bebía el suave aroma de sus cabellos. Al terminar volvió la cabeza y me miró á los ojos. Con un movimiento irremediable pasé mi brazo por su talle, y mis labios atrevidos se posaron en los suyos ardientes; exhalé un largo suspiro y cerré los ojos.

Separando una cómoda, abría la puerta de comunicación y entraba en el Olimpo durante las ausencias nocturnas del marido.

Aquella era la última noche. A la mañana siguiente partiría el fabricante de conservas llevándose á la diosa, y con ella mi felicidad.

Nos despedíamos tiernamente... Una llave entró en la cerradura, y yo temblé. La puerta no se abrió; tenía echado el pasador. Ella esperaba tranquila á que yo pudiera marcharme. El imbécil aporreaba la puerta.

Ya en mi cuarto, corrí suavemente el cerrojo y mis labios dibujaron una sonrisa irónica. El espejo se encargó de borrar mi sonrisa. Al verme reflejado en la luna del armario, adiviné la próxima tragedia; no tenía chaleco.

Me imaginaba la escena. Veía volar la puerta hecha astillas y al barbaza agitando sus grandes puños de Hércules, insultándome á grandes voces. Yo adoptaría una gallarda actitud y con acento despectivo le llamaría mastodonte.

Pasaron dos horas en la calma más absoluta. Me acosté y dormí con sueño febril.

La diosa se abrochaba los guantes en el vestíbulo. Habían cargado ya las maletas en el coche.

El Hércules bajó apresurado. Vi mi chaleco en sus manos, y un sudor frío mojé mis cabellos.

—¿Lo ves, monina? Eres muy distraída. Al fin dejaste esto fuera. Ahora será preciso llevarlo á la mano todo el viaje.

Y envolvió filosóficamente mi chaleco en un periódico. Los ojos de la encantadora refan.

El coche partió dando tumbos en el desigual empedrado.

Yo, muy triste, me apoyé en la pared. En un bolsillo del chaleco iba el cuaderno donde apuntaba mis aforos.

Andrés SPERELLI.

EL ESCEPTICISMO DE LA MULA

(Fantasía de Nochebuena.)

La acción en el tradicional establo de Bethlehem de Judea.

Sobre el pesebre, en medio del buey y de la mula, el Niño Jesús llora y se revuelve.

La mula mira con espanto al recién nacido; el buey, con amor.

Por los rincones del establo, gallinas, pollos, palomas, tórtolos y corderillos, ofrenda de los pastores.

EL BUEY.—(A la mula.) ¡Mula, no seas sacrílega!...

LA MULA.—(Un poco amoscada.) Haz el favor de no ofenderme...

EL BUEY.—Mi adjetivo es justo y no debe ofenderte...

LA MULA.—No me ofendió él, á buen seguro. Molestóme que me aplicaras un calificativo humano...

EL BUEY.—¡Soberbia! ¿Acaso eres mejor que el hombre?

LA MULA.—Yo creo que sí. Es una opinión tan respetable como cualquiera otra...

EL BUEY.—Desecha esos pensamientos de vanidad y adora al Redentor del Mundo...

LA MULA.—(Cejando en sus forcejeos para mirar con curiosidad y asombro por todos los rincones del establo.) No lo veo... ¿Dónde está?...

EL BUEY.—¡Y lo tienes ante ti!...

LA MULA.—¿Esa criatura?... Pero, ¿ese niño va á redimir el mundo?...

EL BUEY.—Sí, y debes adorarle, en vez de huirle, y darle el calor de tu aliento...

LA MULA.—Perdona y no te enojés si me oyes decir que se te ha subido la abrevada hasta el negro de tus cuernos...

EL BUEY.—(Con solemnidad.) ¡Está muy claro mi juicio!...

LA MULA.—No lo veo yo tan claro... Acabas de afirmar que ese niño es un redentor... Ya, sólo por esto, me dan tentaciones de matarlo...

EL BUEY.—¡Qué loca estás!...

LA MULA.—Luego te explicaré el por qué de mi deseo... Discutamos con orden... Ese niño es hijo de ese pobre carpintero de Nazaret y de su mujer María...

EL BUEY.—Es hijo de María, pero no de su esposo...

LA MULA.—No me halagara á mí tal origen...

EL BUEY.—Es hijo de María y del Espíritu Santo.

LA MULA.—Lo que quieras, pero como padre aparece Josef de Galilea, y como tal se inscribirá en el empadronamiento ordenado por el edicto de Augusto César...

EL BUEY.—Es hijo de Dios...

LA MULA.—Todos podemos ostentar ese título...

EL BUEY.—¡Calla, sacrílega!

LA MULA.—Pues si tú estás en lo cierto, ¿cómo no empadronan al Espíritu Santo?... ¿Por qué no lo pregona Josef?...

EL BUEY.—Porque se lo prohíbe el designio de Dios.

LA MULA.—O el rubor de la declaración...

EL BUEY.—¡Calla, mala lengua!... Ese niño redimirá al mundo. Tras él caerán rotas muchas cadenas...

LA MULA.—Otras las substituirán. Este mundo es irredimible, creeme...

EL BUEY.—¡Oh, no! (Con exaltación fanática.) Este niño se sacrificará por la Humanidad y la libertará... Y los judíos tendrán en él un guía y un salvador... Las profecías lo han asegurado... Este niño será el Dios del mundo, en misteriosa trinidad con el Padre y con el Espíritu Santo. Los judíos le aclamarán su rey...

LA MULA.—Si Augusto César lo supiera...

EL BUEY.—El gobernador Herodes, á quien han enterado los Reyes Magos, va á ordenar la muerte de todos los niños de Bethlehem, para entre éstos matar á Jesús...

LA MULA.—Este Herodes siempre fué un gran mentecato... ¿No comprende que las persecuciones engrandecen á las víctimas ante los ojos de las gentes?...

EL BUEY.—Por este niño, sufrirán tormento miriadas de personas, unos por creer en él y otros, por negarle, los ricos abandonarán su bienestar y sus placeres, los hijos á sus padres y éstos á aquellos... ¡Adórale! ¡Dale el calor de tu aliento! Es el Redentor del Mundo!...

LA MULA.—Con que es el redentor, ¿eh? Repito que se te indigestó la abrevada... ¡Le llamas redentor!... Y anuncias que su venida á este mundo ocasionará grandes trastornos, derramamientos de sangre, odios, rencillas y apasionamientos... Entonces, toda su redención va á consistir en sembrar la discordia para muchos siglos...

EL BUEY.—Pero la Humanidad será mejor.

LA MULA.—Yo creo que la Humanidad es inmejorable... Ahí tienes por qué te dije antes que estaba por matarlo: por el solo hecho de ser un redentor... Los redentores obrarán de muy buena fe, no lo niego... Algunos hasta se dejan matar. ¡Pero, luego!... Luego á los vivos les toca roer el hueso de la redención...

EL BUEY.—Eres enemiga del progreso...

LA MULA.—El progreso no es más que un nombre nuevo para una vida vieja...

EL BUEY.—(Entusiasmado.) No discutas más lo indiscutible: le adoraron los reyes humillándose ante su humildad, le adoraron los pastores...

(Volviéndose á los demás animales del pesebre.) Confundid á esta impía... ¡Cantad y adorad á Dios, al redentor del mundo!...

TODOS LOS ANIMALES.—¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra, á los hombres de buena voluntad!...

LA MULA.—¡Ved que el ángel dijo: paz á los hombres, pero no á vosotros!...

TODOS LOS ANIMALES.—¡Gloria á Dios!...

LA MULA.—¡Pero si á vosotros no os va ni os viene nada en este pleito! Si para celebrar este natalicio seréis vosotros las primeras víctimas.

TODOS LOS ANIMALES.—¡Gloria á Dios!—(Por molestiar á la mula primero; después, á puro de repeticiones cantan convencidos.) ¡Gloria á Dios!...

LA MULA.—Me está bien. Por haberlo discutido... Lo mismo les pasará á los que no crean en él: Cuanto más lo discutan, más adeptos ganará... Debí haberlo echado á broma...

UN GALLO.—(Lanzándose al cuello de la mula y picándola en la cabeza tan furiosamente que la obliga á humillar ante el niño Jesús.) ¡Adora á Jesús!...

LA MULA.—(*Resistiéndose, tratando de convencer.*) Pero si no transformará nada... Si será estéril el esfuerzo de este niño... El mundo será siempre malo...

EL GALLO.—Calienta al redentor...

LA MULA.—Para lo que va á servir... (*Obligada por el dolor de los picotazos alienta sobre el niño.*) ¡Después de todo había de echar el aliento á un lado cualquiera!..

UN RATÓN MERODEADOR.—(*Aparte.*) Tiene gracia. (*Por las aves y los corderos que cantan con mucho fervor.*) ¡Cómo se apasionan por un ser, en cuyo honor están condenados á morir... Parecen hombres...

LA MULA.—Cómo voy á creer que este niño es Dios, si consiente que me obliguen á adorarle...

EL RATÓN.—(*A la mula y al buey.*) Con permiso: voy á comerme la cebada de ustedes, con el feliz motivo de haber nacido el redentor del mundo... ¡Gloria á Dios! (*Se dispone á roer, aprovechando la devoción de las bestias, que en cualquier otro día le habrían reventado de un bufido.*)

LA MULA.—(*Por el ratón.*) ¡Atíza! ¡Ya tiene un fariseo la nueva religión!

EL RATÓN.—(*Discurriendo con toda su malicia.*) ¡Qué poco provecho reportará al mundo el sacrificio de este niño.

LA MULA.—(*Que ha adivinado la frase en los ojos del ratón interroga á éste con la mirada.*) ¿Por qué traerá pocos beneficios?

EL RATÓN.—Tú lo dijiste: porque ha venido á redimir hombres y no bestias.—Y las bestias abundan más, mucho más que los hombres...

El Bachiller CORCHUELO.



—¡Buena pava!

¡OLÉ EL RUMBO!

¿Que yo no te quiero
chiquilla preciosa?
No me digas eso, porque mi cariño
es para tí sola.
¿No te doy mil pruebas
de lo que te digo?
¿Me enfado yo acaso porque me convides
todos los domingos?
Entonces, loquilla,
¿para qué esos celos?
¡Si son tuyos, muy tuyos, mi alma
mi vida y mi cuerpo!
¿Estás convencida?...
Así lo esperaba...
Echate á la espalda el mantón de chinos
para ver la gracia
con que cantoneas
ese cuerpo airoso;
esa cinturilla, que me tiene lelo,
que me vuelve loco...
Como hoy hace un día
que es de primavera
y el sol ha salido por ver esa cara,
que es pura canela,
juntos, muy juntitos,
nos vamos del brazo,
para que los chulos digan: «¡Qué chulapa!»
y ellas «¡Qué chulapo!»
Luego en coche abierto
y á escape, á las Ventas
á tomarnos todo lo que tú deseas
lo que te apetezca.
Y entre sorbo y sorbo
de blanco ó de tinto,
contarnos las cosas, las cosas tan dulces
de nuestro cariño.
¿Te gusta el programa?
¡Si ya lo sabía!
Si con él se te fueron los celos
de que te morías.
Después... al teatro,
porque ¡yo lo quiero!
Y mientras te viva, por nada te apures
¡estaría bueno!
¿Que por qué ese gasto?
Chiquilla, me ofendes;
quiero que te envidien todas tus amigas
la suerte que tienes.
Y si mis obsequios
van á disgustarte
bájate la sortija de oro
que te dió tu madre.
Se empeña y tú pagas,
que yo no me ofendo.
¡Para que tú veas si hablas con un hombre
que es un caballero!

José DOZ DE LA ROSA

EN EL SALONCILLO DEL TEATRO ESPAÑOL



Dicenta y Thuillier.

VOLUMENEANDO

(En esta sección daremos cuenta de todos los libros de que recibamos dos ejemplares.)

Amores míos.—Martín-Gamero es de los pocos que entran en libra rimando cosillas que salen del alma. Su última producción trae colorido, vibraciones, espiritualidad...

El autor de *Amores míos*, que lo mismo mete á las musas en el tricornio que á los criminales en cintura, tiene el *exequatur* de los que sienten, piensan y saben decir.

La guerra en broma.—Hemos recibido el 10.º volumen, que acaba de ponerse á la venta, de la Biblioteca Cómica que vienen publicando *Polinomio* y *Karikato*.

La vena festiva del primero es inagotable, y respecto del segundo nuestros lectores saborean á menudo las ingeniosas producciones de su lápiz.

Como los anteriores, pronto se agotará ese cuaderno regocijante, que sólo cuesta 50 céntimos de peseta.

TRAMOYA TEATRAL

¿Qué es *Lorenza*? Unas cuantas pinceladas de color, un manojo de rayos de sol, unas vibraciones del amor suelto y, sirviendo de rica aureola, un lenguaje de naturaleza de cosas que saltan del seno de lo que vive, bellos pensamientos, mucho de invitación á la carne.

Dividiéronse las opiniones. Era de presumir ante la desnudez de la idea, adornada de gasas artísticas.

Las tres Gracias de Rubens gustan á los espíritus abiertos, arrugan el entrecejo de los pacatos.

Dicenta triunfó.
Es necesario, sin embargo, buen masaje de razones supremas al alma social, para convencerla de que dos

que se adoran deben huir dejando á los padres en el mayor desamparo. Es fuerte la psicología, y ella es la que contrajo el éxito á círculo limitado.

Palanca y la Badillo, la Pino y Thuillier, incomparables.

Lorenza es producción de escuela nacida de hondas convicciones, y Dicenta, de cualquier modo, salió *victor* de la jornada.

Mis dos manos, maestro.

La muerte del marido, de la Comedia, mata de tedio. Ni el asunto ni el desarrollo, responden á la hermenéutica de telón adentro.

Ambas cosas explican que el crítico francés diera á la obra sendos cintarazos, pero no que el compatriota autor enviara á aquél los padrinos.

Las esposas guapas están más seguras que las feas, tal es la teoría sustentada. Perseguida la hermosura por los tenorios callejeros, no tiene más remedio que refugiarse la hembra en los brazos conyugales.

Meollo huero

Así fracasó.

Toda la gentileza de Mercedes Pérez de Vargas y las facultades de Mendiguchía y Ramírez, no lograron sacar á flote el engendro de M. Flers, arreglado por Martínez Sierra

En el Cómico, la musa de García Alvarez y de Arniches y del maestro Serrano, entró aleteando, quedando juguetona en los pliegues de la risa.

Alma de Dios es un acabado modelo de cosas que necesitan la filigrana si han de lucir sobre las tablas, desfilando tipos, como el tenor de capilla y el sacristán mayor, que abren el pulso á la carcajada.

Añádase á ello el desempeño de Loreto Prado, de Chicote, de la Franco, de la Castellanos, la Blanc y la Román, y la etc., etc., y se comprenderá cuán necesario es contra la *murria* ir al Cómico.

El baile de la «farruca» es despampanante.

Si lo ve Maura, arroja la cartera á los pies de la señorita Girón. Vamos, que se la... suelta.

Juan JOSÉ



Sr. Palanca en *Lorenza*.



Consuelo Badillo en *Lorenza*.

ROSAMUNDA DE ROSSILHON

(TRAGEDIA DE AMOR)

(CONTINUÁ DEL NÚMERO ANTERIOR)

III

Apenas luce el día siguiente, no bien despierta el mendigo hácele el señor de Rossilhon que ante él comparezca.

—¿Cómo te llamas?— le pregunta.

El pordiosero, inclinada la cabeza.

—Arnaldo de Bornell, mi señor,— responde.

—¿De dónde vienes?

—Soy extranjero. Vengo de Tarragona.

—¿Y cuál es tu ocupación?

—Entono alabanzas al Crucificado y á su Santísima Madre.

Santiguase el mendigo, y añade:

—Canto trovas, y dicen los que me oyen que tengo el corazón destrozado. Vivo de la caridad. Paso y repaso aldeas y lugares, castillos y palacios, y así, peregrinando sin cesar, arrastro mi existencia...

—Y dime,— interrumpe el duque.—¿Te ha socorrido alguna vez en tus correrías un noble caballero, de pálido rostro y arrogante apariencia?

El pordiosero no contesta.

—Es amigo mío,— insiste el de Rossilhon—y de él nada sé hace tiempo. Temo que lo hayan muerto los lobos, si á cazarlos solo y sin compañía se ha aventurado, y si tal fuera llorárale yo, y conmigo las damas, que en alta estima le tienen porque es poeta y trovador... como tú: pero él no canta más que el amor de las mujeres.

Un movimiento indiferente del mendigo hace preguntar aún más al duque:

—¿Ni siquiera oíste hablar de su nombre, Guillermo de Cabestaing?

—Paréceme... paréceme...

—¡Habla, pronto, bellaco!— manda el poderoso.

—En Barcelona, señor,—obedece el miserable—oí que surcaba los mares rumbo á Argel.

—¡Maldición sobre ti y sobre tu mente!— casi ruge el de Rossilhon.

—Señor, ¿queréis que cante?—suplica el anciano—. Si así pudiera servirlos...

—Dices bien: ¡canta!

Déjase caer el noble en cómodo sillón de terciopelo, y entona un cántico á las Sagradas Espinas el pordiosero: Raimundo de Rossilhon, educado en su niñez y en su primera juventud en la fe de Cristo, siente nostalgia de sus buenos tiempos, y dos lágrimas de sus ojos caen y ruedan por su larga y

negra barba. Enmudece la voz que canta y calla el laúd, y el duque se levanta del sillón y llama á la servidumbre.

—Daréis á este hombre—ordena—ropas y cama, viandas y fuego, hasta que aqui le plazca estar... Y tú, Arnaldo de Bornell, guarda siempre gratitud para el señor de Rossilhon.

Y con un gesto de altivez despide á los intrusos de la cámara ducal.

IV

Pulcramente vestido, canta al día siguiente el bardo delante de Rosamunda y del duque, á quienes rodean las damas, los nobles y los escuderos á su servicio. Sepulcral es el silencio que allí se hace para no perder una nota ni una palabra sola de aquella voz de oro, que á todos arroba. Ensalza el trovador la guerra santa contra los herejes; y como si respondiera al conjuro del llamamiento, llega un emisario anunciando invasiones y fechorías que los ingleses cometen en Gascuña deseosos de implantar en esta tierra el rito de la iglesia albigense.

Interrúmpese así bruscamente la canción de Arnaldo, y sólo voces de mando y ruidos de guerra resuenan desde entonces en el castillo de Rossilhon. El duque va á luchar, y organiza su mesnada para la bélica expedición.

Duélese Rosamunda de la partida de su esposo, que aunque no le ama tampoco le odia; y gimen las damas ante la ausencia de los nobles que acompañan al duque, mientras las doncellas del castillo celebran con danzas y lloriqueos la marcha de los escuderos al encuentro de los ingleses.

(Continuará.)

A UN AMIGO

Quieres, amigo, mitigar mis penas
y á este fin en renglones desiguales,
mil consuelos prodigas á mis males
y en vez de alivio de amargor me llenas;
porque veo en tus tristes cantilenas
y al través de tus versos penas tales
que creyendo á las mías son iguales
á escuchar las que sufro me condenas.

Es vana pretensión querer calmarme
é intentar que yo cese en mi extravío,
cuando tú, en vez de gozo procurarme
(que desecha insensible mi albedrío),
necesitas, no, amigo, consolarme,
sino unir tu dolor al llanto mío.

I. M. C.

BUZÓN

C. M.—Baeza.—No le publico esa declaración matemática-rimada porque le iban á dar unas calabazas monumentales. Y, á fe mía, que las merece usted por escribir versos como éste:

«Espero respuesta á lo más tardar el martes», y confundir la regla de compañía con la de falsa posición.

J. A. V.—«El manco filósofo, profeta y semidiós» que dijo:

Tate, tate folloncicos
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen Rey
para mí estaba guardada.

no ha podido inspirar ese «Capítulo... aparte». Hay en él buen golpe de galicismos y no pequeño número de solecismos, que lo acreditan así, delatando lo burdo de la imitación. No trate, pues, de imitar lo inimitable.

A. L. Carbón.—La índole del semanario no me permite aceptar sus seguidillas amorosas que constituyen una ardiente declaración. No están mal hechas, quédele ese consuelo.

F. M.—Los dibujos han de hacerse con tinta china. No se devuelven los originales artísticos ni literarios; unos y otros se inutilizan cuando no son publicados. ¿Se ha enterado usted? Pues aplíquese el cuento.

I. G. C.—No me gustan las composiciones que me envía. ¿Porqué?—Repáselas, y su buen criterio encontrará la razón ó, mejor dicho, las razones — de mi disgusto.

Mister-Hios.—Su inocente «Soneto ú lo que sea», prueba que miente usted cuando afirma: «hace cerca de un mes que me casé». Me consta que aún no es usted bachiller, ni ha salido de la edad del pavo.

M. C. G. Málaga.—Sospecho que alguien haya podido tomar su nombre para mandarnos cosas que le pongan en ridículo; ello es posible y á mí no me lo es darle la clave. ¡Cualquiera se acuerda de tanto como se recibe y se contesta! También ha debido inducirle un enemigo consejo á enviar ese soneto esdrújulo, que está pésimamente rimado. Yo sé que es muy difícil conseguir lo que usted se proponía; pero cuando las dificultades se buscan adrede, hay que vencerlas gallardamente.

I. de la H. y E. E.—Toledo.—A pesar de serme ustedes grandemente simpáticos por ser lo que indudablemente son, he de decirles que su cuento trágico no encaja aquí. Escrito con algo de infantil inocencia, descubre, no obstante, felices disposiciones. En los dibujos hay también promesas halagüeñas. Estudien ustedes y trabajen, ya que demuestran valía, aprovechando las enseñanzas del colegio, para salir de él con el brillante porvenir que les deseo.

Nelo.—Es usted usted el más impaciente de todos

mis amables comunicantes. Sus cartas se cruzan con mis respuestas. Tenga calma, que son muchos los que aguardan su turno pacientemente, y no me abrumen con originales, que tenemos plétora de ellos. Mande menos y más de tarde en tarde; así, todo será bueno y se publicará pronto.

R. H. de I. y A. C.—Esas novelas son de Paul Féval, si es apuesta, felicito al ganancioso sin pedirle parte. El primer título está equivocado. Las publicó *El Liberal* en su folletón y hay de ellas ediciones muy económicas. Por 3,60 pueden adquirirlas todas. Manden lo que gusten.

Momo.

Insisto con gran aplomo,
porque sus iras no temo,
en afirmar que es un *memo*
el que se esconde tras *Momo*.

M. T. Río.

Otro *valiente* de la misma laya
que esconde el rostro con prudencia suma,
vomita insultos y se tiene á raya...
¡detente plumal

Luzbel.—Usted no es el rebelde arcángel, usted es un diablillo inocente. No mande más diabluras por el estilo.

C. M. G.—Me gusta el romance; irá en la plana de inéditos su bien confeccionada *cataplasma*.

G. G. Z. Pongo en cartera «Efecto de luna», que se publicará cuando le llegue el turno «Gorjeos» y «Ojos azules» van á parar al cesto.

V. J.—Lugo. Ese género no se lleva ya. Y pues que es usted diestro y culto versificador, ¿cómo no prueba á rimar otros motivos menos sentimentales y más intencionados?

A. P. M.—Disparates no hay en sus versos; insustancialidad y descuido en las reglas poéticas, sí. Estudie y trabaje, así tal vez llegue á hacerlos buenos.

J. T. S. de A.—«Buscando bellas palabras—he reuelto un diccionario». Y tengo al fin que decirle:—¡Sus cantares son muy malos!

Luciano.—Su artículo (así llama usted á cierta colección de renglones cortos), se fué espontáneamente al cesto.

A. de V.—Tarifa.—Y los versos de usted siguieron á los del anterior, juntos con un soneto «A ella» de:

R. P. C.—Que no es soneto precisamente, ni tiene gracia ninguna.

Quedan aún por contestar un centenar de cartas. Hay quien da dos y tres golpes seguidos. ¡Calma, señores! Tengan compasión de mí, que no dispongo de cabeza para tanto. ¡Si la tuviera doble, como Dávila!

ROLANDO

MINGOTE

MAYOR, 88, ENTRESUELO

Sastrería militar y de paisano.—Trajes de etiqueta.—
Confección esmerada y gran economía.

ENVIOS A PROVINCIAS

ALQUILERES

CINEMATÓGRAFOS

OPORTUNIDAD

Aparatos casi nuevos, á precios sumamente baratos. Alquiler de películas. Fuster y Alicart, León, 38, 2.º, Madrid.

SOLUCION BENEDICTO

de glicerofostato de cal con CREOSOTAL

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, impotencia, caries, raquitismo, escrofulismo, etc. Frasco, 2,50 ptas. Farmacia del Dr. Benedicto, San Bernardo, 41, Madrid, teléfono 634, y principales farmacias.

FLORES CORDIALES

SEMANARIO FESTIVO LITERARIO

CON TRABAJOS DE LOS MEJORES ESCRITORES Y DIBUJANTES ESPAÑOLES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, SAN ANDRÉS, 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Extranjero, un año..... 9 francos.

Número suelto, 15 céntimos.

TARIFA DE ANUNCIOS

Cuarta plana..... 120 pesetas.
Media ídem..... 60 »
Cuarto de ídem..... 35 »
Octavo de ídem..... 20 »
Segunda plana..... 100, 50, 25 y 15 »
respectivamente.
Tercera plana..... 90, 45, 20 y 10 »
Anuncios breves.—Línea corriente, 50 céntimos.

COLABORACION

FLORES CORDIALES pagará todos los artículos, versos y caricaturas que inserte de colaboración espontánea fuera de la plana titulada «Los inéditos».

REGALO

Como regalo á los lectores, FLORES CORDIALES publicará, traducidos del extranjero, cuentos de lo más escogido entre los literatos universales.

FLORES CORDIALES, sin reparar en gastos, ha adquirido la propiedad exclusiva de dichos trabajos, que seguramente han de resultar del agrado de los lectores, tanto por la novedad y belleza de sus asuntos, cuanto por el esmeradísimo cuidado con que está hecha la versión castellana.